

Leer a Alberto T. Arai Reflexiones, ensayos y textos

ISBN 978-607-30-2606-2

Renato González Mello
Instituto de Investigaciones Estéticas
Universidad Nacional Autónoma de México
Academia de Artes
mello@unam.mx

Leer a

ALBERTO
T. ARAI

reflexiones, ensayos y textos

Elisa Drago Quaglia
compiladora

RESEÑA

Más acá y más allá de los frontones

Leer a Alberto T. Arai, compilado por Elisa Drago Quaglia, es una extensa antología de textos de filosofía, arquitectura y crítica de distintas artes, publicados a lo largo de dos décadas por aquel arquitecto, autor de los frontones de Ciudad Universitaria e hito indiscutible en la historia de la arquitectura mexicana. Ya un coloquio con el título “más allá de los frontones” había buscado extender la reflexión acerca de Arai hacia aspectos de su producción arquitectónica e ideas diferentes de esa indudable obra maestra de integración entre el paisaje, la consciencia de la historia y la edificación. Esta recopilación también recoge aportaciones académicas novedosas a cargo de Ramón Vargas, Johanna Lozoya, Louise Noelle Gras, Catherine Ettinger y Dolores Martínez Orralde. Esta decisión es acertada, pues con ella el volumen consigue una reconsideración del personaje, mostrándolo con una perfil polifacético y complejo.

Arai tuvo una intensa actividad profesional hasta su fallecimiento, en 1959. Si los frontones de Ciudad Universitaria están incorporados al patrimonio de la humanidad, un privilegio del que han gozado relativamente pocas obras de la arquitectura del siglo xx, llama la atención que el resto de su obra sea escasamente conocida, y que la historiografía no haya hecho un seguimiento más puntual de ella. Sorprende bastante el proyecto para la sede de la Asociación Mexicano-Japonesa por varias razones: la búsqueda de conciliar dos nacionalismos que estuvieron en guerra, pero también su intento de fundir las tradiciones mesoamericanas con la arquitectura shinto. No menos que eso, su convicción de que los usuarios occidentales (los mexicanos lo eran) jamás aprenderían costumbres higiénicas elementales, como quitarse los zapatos para entrar a una casa. Hay aquí una lección para la arquitectura posterior a la pandemia, que desde luego tendrá que ser diferente. También

Fecha de recepción: 17 de agosto de 2020
Fecha de aceptación: 16 de octubre de 2020

DOI: 10.22201/fa.2007252Xp.2020.22.77414

llama la atención su manera de adoptar lo que llama “el primitivo estilo *shintoiísta*”. Todavía hay una polémica en México sobre los resultados del Coloquio de Nara, del ICOMOS, al que nuestro país no asistió por decisión propia. En aquel evento se erigió el método de reconstrucción del santuario de Ise como paradigma de una tradición supuestamente muy distinta a la europea, en la que los materiales importan menos que el método constructivo para determinar la originalidad. Claro que esa reconstrucción, que en Ise se lleva a cabo cada 20 años desde hace siete siglos, se realiza con materiales tradicionales –por eso es necesaria; la madera se pudre–.¹ Arai, en cambio, siguió otro camino:

La estructura interna de la techumbre se hizo, por razones prácticas, de hierro estructural, y la inferior o soportante de concreto armado, cuya esbeltez se procuró lo más posible para asemejarse a las estructuras de madera de los palacios y templos del antiguo Japón.²

El debate que contrapone las estructuras de materiales modernos, supuestamente más prácticos y baratos, con los materiales tradicionales; la angustia por la necesidad de mantenimiento; y la suposición de que el aspecto exterior puede ser objeto de decisiones estéticas y, en cambio, la estructura puede ser manipulada a voluntad por los ingenieros; todo eso ha cobrado una vigencia específica como resultado de los sismos de 2017, cuyos estragos sobre el patrimonio están lejos de haberse resuelto.

Por otra parte, esta colección de ensayos deja claro que todavía nos falta conocer mucho acerca de las redes intelectuales mexicanas de la mitad del siglo xx. ¿Qué significaba ser un intelectual en los años cuarenta y cincuenta? Este arquitecto nacido en 1915, de familia japonesa, compañero de estudios de Carlos Lazo (a cuya memoria se refiere de manera muy afectuosa en una conferencia impartida en el Colegio de Arquitectos en 1956) aparece con una personalidad singular. Por una parte, son patentes sus aficiones literarias y humanísticas, que lo llevaron a publicar prolijos artículos de corte filosófico en *Letras de México*. Se interesó bastante en la filosofía de Martin Heidegger, pero a diferencia de otros lectores del rector de la Universidad de Friburgo, Arai no aceptó la desconfianza del pensamiento científico que encontró en el existencialismo. Pese a esta toma de distancia –que hace pensar en el neopositivismo mexicano de los años treinta y cuarenta–, Arai tiene relaciones notoriamente buenas con los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, como Justino Fernández y Leopoldo Zea, cercanos a José Gaos. Como ellos, se trata claramente de un pensador orteguiano que, además, guía su reflexión hacia la filosofía de los valores de Max Scheler. Con las bibliotecas cerradas, no pude verificar algunos datos

1 Nobuo Ito, “Authenticity’ Inherent in Cultural Heritage in Asia and Japan”, en Knut Einar Larsen (ed.), *Proceedings / Nara Conference on Authenticity in Relation to the World Heritage Convention: Nara, Japan, 1-6 November 1994 = Comte-Rendu* (París: UNESCO World Heritage Centre [u.a.], 1995), 35-43.

2 Elisa Drago Quaglia (comp.), *Leer a Alberto T. Arai. Reflexiones, ensayos y textos* (México: UNAM, Facultad de Arquitectura, 2019), 17.

elementales acerca de su formación en la Facultad de Filosofía y Letras. Particularmente me hubiera gustado tener a la mano el libro reciente de Ana Santos sobre la generación del Hiperión. Ya habrá oportunidad. Pienso que, a pesar de sus reservas, su reflexión acerca de la técnica se alimentó de la lectura de Heidegger –un desarrollo sin duda precoz–, pues quienes leyeron al filósofo alemán en ese sentido han sido, por lo menos en México, autores muy recientes. De esto se ocupan con gran responsabilidad los ensayos de Ramón Vargas y Johanna Lozoya al final del volumen: analizan sus textos, sobre todo los más tempranos, y devuelven su lógica interna.

Entre 1910 y 1950 la vida intelectual de México había cambiado drásticamente de varias maneras. Por una parte, se habían consolidado numerosas instituciones. La principal de ellas, la Secretaría de Educación Pública, había recuperado en 1934 la rectoría de la enseñanza elemental, y además concentraba casi todas las actividades culturales que se organizaban desde el Estado. La Universidad Nacional había obtenido la autonomía en 1929, pero al principio de los años cuarenta vivía una crisis aterradora. Las limitaciones de presupuesto impuestas por las políticas cardenistas, por una parte, y los iracundos conflictos internos, por la otra, llevaron a una división casi irremediable. En algún momento llegó a haber dos rectores, como en el tiempo del cisma entre los Papas de Roma y Aviñón, en el siglo xiv. Fue necesaria la intervención del presidente Ávila Camacho para que finalmente, bajo la batuta de Alfonso Caso, se redactara y aprobara la Ley Orgánica que nos rige hasta hoy.

Esta época muy desafortunada en la vida universitaria dejó cicatrices por todos lados, pues hubo periodos en los que no se pagaron salarios. Aunque una década después la flamante Ciudad Universitaria hizo olvidar esas penurias; al principio de los años cuarenta los académicos universitarios eran blanco de desconfianza: cuando se aprobaron los presupuestos para las nuevas instalaciones en el Pedregal, los diputados quisieron impedir la obra argumentando que México necesitaba expandir su educación básica, y no la lujosa educación superior. Tal vez esa circunstancia explique por qué la mayoría de las publicaciones de esta época, sobre todo en las disciplinas de las humanidades, comenzaban con una extensa justificación de orden filosófico. Siempre se van hacia los primeros principios, se remontan a Platón y a Aristóteles e intentan establecer, para cada texto, un sistema axiológico completo y sin fisuras; como si hablar en el espacio público requiriera construir una especie de acorazado. Es el caso de Arai, cuyos ensayos suelen apoyarse en extensas reflexiones sobre el lugar de la filosofía, la historia y la arquitectura en cualquiera de los quehaceres que lo ocuparon. En eso se parece a Justino Fernández, de cuyo Prometeo escribió una reseña epistolar, a Edmundo O’Gorman y a otros autores que se vieron compelidos a justificar su lugar en el mundo –tal vez porque no estaban muy seguros de él–. Algo importante aquí: tenemos muy claro el valor de José Gaos en este sistema intelectual en transformación. Arai se refiere al gran maestro español en términos un poco distantes: “fino ensayista, más que filósofo”, dice. En cambio, su entusiasmo por Juan David García Bacca nos hace patente que nos urge tener una visión más completa de ese otro

profesor, muy importante también, y que acaso nos permitiría ayudar a entender diferencias de criterios que se agudizaron con los años.

Cuando un documentalista anónimo filmó a todos esos fundadores, a don Justino y a O’Gorman en sus respectivas disciplinas, ambos en el techo de la Facultad de Ingeniería, con el fondo de los frontones del arquitecto Arai, ya habían ganado la batalla: la posición de dominio en que los captó el lente de la cámara había obtenido un amplio reconocimiento social, pero sobre todo político: la Universidad y los universitarios se consideraban pieza fundamental en el desarrollo del país.³ Lo que es un poco más raro es la heterogeneidad de las posiciones que adopta el joven arquitecto e intelectual. Es normal que un ensayista joven, en estos años, aluda a Max Scheler, a Heidegger y a Ortega. Lo que resultaba difícil era compaginar esas aficiones intelectuales con su pertenencia a la Unión de Arquitectos Socialistas, una organización cuya impronta en la arquitectura mexicana ha sido ampliamente estudiada. Las contradicciones en el pensamiento de Arai son visibles en los ensayos seleccionados, y Catherine Ettinger hace un análisis crítico muy detallado y lúcido de ellas. Algunos textos, no incluidos en esta antología, se refieren a las clases trabajadoras o menos favorecidas en términos de un clasismo inaceptable hoy. En aras de la objetividad, uno de estos textos fue incluido en la antología. Arai fue un hombre de su tiempo y compartió muchas de sus contradicciones; pero el volumen evita regodearse en las ideas que, de sentido común en los años cuarenta y cincuenta, podrían ser muy impopulares hoy. El mayor espacio de la antología se reserva para los escritos más lúcidos. Esta seguramente fue una decisión difícil, pero el equilibrio es convincente: ni se oculta la realidad, ni se juzga a todo el personaje por uno solo de sus aspectos.

Sería injusto no detenerse en los textos de Arai sobre la arquitectura, pero también parece imposible reseñarlos todos –si no me equivoco, además es una selección pequeña de un conjunto mucho mayor–, por lo que llamaré la atención sobre dos de ellos. El primero, cuyas ideas repitió en otras oportunidades, se presentó ante el legendario VIII Congreso Panamericano de Arquitectos, en 1952. Se titula “El hundimiento de la ciudad de México y su posible solución urbanística”. Como a muchos de sus contemporáneos, a Arai lo desesperaba un poco que la capital del país estuviera en un sitio con inconvenientes tan claros –el mayor de ellos, el subsuelo–. En esto habría poco motivo para reclamarle: en efecto, a la fundación de nuestra ciudad le hubiera venido bien un dictamen previo de mecánica de suelos.

Arai propuso que la Ciudad de México fuera abandonada, para convertirla en un parque temático. Había que ponerla en otro sitio: en la cuenca del Lago de Texcoco. Pero ya encarrerado, le parecía fuera de lugar implantar una nueva concentración urbana. La ciudad futura se iba a componer de diez núcleos urbanos, de 500 mil habitantes cada uno, en la tierra firme alrededor de un lago de Texcoco regenerado. Una especie

3 La película forma parte del Archivo de la Promotora Cultural “Fernando Gamboa”, que perteneció al museógrafo, y fue restaurada por la Filmoteca de la UNAM.

de Epcot Center, pero monumental. Esta distribución era la ideal, pues –así lo pensaba él– en 1980 la Ciudad de México tendría la inimaginable cantidad de cinco millones de habitantes. De hecho, la parte final de su ensayo se dedica a desmentir a los –esos sí locos– que pensaban que podía llegar a ocho o incluso 10 millones. Un absurdo. Los cinco millones de nuevos habitantes de la Ciudad de México en Texcoco visitarían de tanto en tanto el parque temático de la vieja ciudad: una gran área verde donde “los edificios y monumentos de verdadero valor histórico y artístico [...] quedarían diseminados en ese parque-museo”.⁴

Desde luego que este proyecto no destaca por ser excepcional, sino porque –aunque fantástico– sus objetivos generales se han repetido con frecuencia a lo largo del tiempo. Por una parte, la idea de impedir el crecimiento de la ciudad generando polos periféricos de urbanización fue durante muchos años la política del Estado. Por la otra, claro que Arai tenía razón cuando observó que los avances en las comunicaciones expandían la dimensión cultural de la vida urbana más allá de las fronteras geográficas de las ciudades. Finalmente, y en cuanto a la regeneración del lago, es imposible no estar de acuerdo con él.

Sin embargo, también son evidentes las razones por las que este planteamiento estaba radicalmente fuera de la realidad. Aunque la construcción de ciudades capital completamente nuevas no es algo desconocido en la historia –basta recordar el ejemplo de Brasilia–, la ingeniería social que se proponía rebasaba varias veces la capacidad del Estado mexicano. Ni Hernán Cortés pudo llevarse la capital del centro del lago de México. No era imaginable, en el México de la pos-revolución, invadir un área rural de esas dimensiones sin toparse con una férrea resistencia de las comunidades que la habitaban, algo que acabó ocurriendo hace un par de décadas con un proyecto mucho más modesto, para construir un aeropuerto. Tengo para mí que Arai no ignoraba que su propuesta era más bien utópica. Recordemos que otro arquitecto destacado del funcionalismo, Guillermo Zárraga, publicó con seudónimo una novela de ciencia ficción: *El réferi cuenta nueve*, claramente inspirada en *The War in the Air*, de H.G. Wells, pero posiblemente también en una obra no muy conocida de Mary Shelley: *The Last Man*.

El momento en el que se leyó este ensayo –el VIII Congreso Panamericano de Arquitectos, con la Ciudad Universitaria en pleno proceso de construcción– obliga a considerar el optimismo un poco prepotente del momento, pero también ilumina un aspecto de la Ciudad Universitaria. En la cu hay una negación implícita. La Ciudad de México queda negada, se convierte en “el otro” del desarrollo mexicano, su único destino imaginable es convertirla en museo. Si pudo construirse ese inmenso conjunto en el Pedregal, por qué no pensar en desocupar de una vez esa “ciudad negra o colérica o mansa o cruel”, como dijo Efraín Huerta en *Los hombres del alba*, un poemario que se había publicado apenas en 1944. Arai es muy explícito en señalar los graves procesos de inequidad social que había traído el crecimiento urbano de los años cuarenta y

4 Drago Quaglia, *Leer a Alberto T. Arai*, 87.

cincuenta: la emigración masiva del campo a las ciudades, sobre todo a la Ciudad de México, le había dado a la vida urbana un carácter fatalmente antiurbano: la mayor parte del pueblo se resistía a abandonar la cultura campesina. Y no había remedio: era necesario rehacer todo desde cero.

En cambio, su extenso y muy conocido ensayo *La casa mexicana* aparece organizado por un esfuerzo de realismo y empatía. Aunque es un texto que, como el anterior, se apoya en una confianza fundamental en la capacidad del Estado para organizar la vida social, *La casa mexicana* es una reflexión acerca de los grupos sociales menos favorecidos de México. Buscando superar sus propios prejuicios de clase, Arai se pregunta cómo se podría lograr la construcción de habitaciones razonables por algún método distinto del ensayado hasta entonces: créditos individuales a los llamados “jefes de familia” para que compraran casas modernas. El problema, según Arai, era que las casas así construidas no les gustaban ni a los jefes ni a las familias, que se apresuraban a cambiar el aspecto geométrico de sus nuevas propiedades. Peor aún: con el salario de un trabajador mexicano era imposible saldar los créditos, por lo que el pago de la deuda provocaba una caída, y no una mejora en el nivel de vida. Un desastre.

La solución que propone para este problema es doble. Por una parte, como acababan comprendiendo numerosos arquitectos, no es posible imponer una forma de vida y una cultura a vastos sectores de la población. Arai alecciona a los arquitectos para que dialoguen con los usuarios, especialmente con los destinatarios de los proyectos de vivienda social, y los conmina a diseñar edificios que manifiesten la cultura de los habitantes, y no tanto la de los arquitectos. Pero más interesante aún, imagina un método para financiar las nuevas casas. Sí, se trataría de un crédito, pero para ello era necesario implantar una novedad en la vida social. Las familias se organizarían en forma de cooperativas. El trabajo de todos sus integrantes sería remunerado. No con igualdad; los hombres cobrarían más que las mujeres, y Arai piensa que estas últimas realizarían, sobre todo, labores domésticas. Pero vamos a situarnos en 1956. México no es el único país que se sueña organizado alrededor de “jefes de familia”, señores de pelo muy cortito que visten traje, tienen automóvil, son proveedores y mandan. La concepción de la familia como una cooperativa recuerda los planteamientos radicales, 20 años antes, de la Unión de Arquitectos Socialistas, que propuso acabar con las viviendas familiares para reemplazar a las madres por especialistas científicamente preparadas.

¿Por qué me parece que este nuevo planteamiento es más realista? Porque en efecto, la vida de las familias en los barrios tradicionales de la ciudad, en La Merced, en La Candelaria, en La Lagunilla, estaba muy lejos de las convenciones pequeño burguesas que conformaban el imaginario del crecimiento acelerado de la posguerra en todo el mundo. Desde luego que la autoridad paterna podía ser vertical, violenta y autoritaria; pero eso no excluía la solidaridad y la cooperación. Las familias de clase trabajadora tenían ese espíritu de colaboración.

Arai idealizó el potencial de esta forma de organización social, pues pensaba que, mediante un sencillo curso de capacitación, apoyado por un ente financiero del Estado, la obsoleta estructura familiar podía ser reemplazada por un moderno proyecto económico. Lo que no tuvo ojos para ver fueron las graves desigualdades en el interior de la familia: principalmente la de género. Con todo y esa limitación –que, por cierto, las élites mexicanas no han terminado de superar–, no son pocos los estudios sociológicos que señalan, hasta la fecha, una sociedad en la que los hijos permanecen largo tiempo en la casa paterna, o materna, y aportan al gasto familiar. El chiste de que se descubrió que Cristo era mexicano, porque vivió hasta los 30 años con su mamá, existe en todo el mundo; pero parece que en México tiene algún fundamento estadístico.

Termino retomando otro problema. Louise Noelle llama en su ensayo a un mejor conocimiento de la obra de este arquitecto mexicano, cuando representó al Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (CAPFCE) en Chiapas. Es un llamado oportuno. La historia de las escuelas mexicanas realmente requiere de una investigación en fuentes primarias, con trabajo de campo, que permita reseñar y luego salvaguardar un patrimonio importante. Muchas de esas escuelas se diseñaron en función de programas educativos que fueron novedosos en su momento, y que en algunos casos siguen vigentes; pero requerían algo muy difícil: una reforma educativa en el aula, un cambio en los métodos de enseñanza. El problema ha regresado, con características diferentes a las del siglo XX. Si entonces se pensó en escuelas mixtas, con ventilación muy generosa y abiertas al espacio urbano, que además respeten las tradiciones constructivas locales, los arquitectos de hoy tendrán que enfrentar el desprestigio, incluso el miedo a la escuela concebida como fábrica. Pero algo que podríamos llamar el “paradigma funcionalista” sigue teniendo una vigencia mucho más allá de su validez. Repetidamente vemos en los periódicos artículos tremendistas que hacen juicios sumarios de construcciones escolares que se propusieron retomar el aire libre y el espíritu de la arquitectura primitiva, con recursos que los periodistas y funcionarios consideran meros indicadores de pobreza. Se necesita un catálogo, en efecto. Hay más arquitectos ahí de los que conocemos, y más obras importantes de otros que ya eran conocidos; entre ellos, no lo dudo, de Alberto T. Arai.

Renato González Mello

Instituto de Investigaciones Estéticas
Universidad Nacional Autónoma de México
mello@unam.mx

Licenciado en Historia y doctor en Historia del Arte por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con mención honorífica. Desde 1992 es investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Sus líneas de investigación versan sobre la pintura moderna mexicana, particularmente la pintura mural y la obra de José Clemente Orozco.

Ha publicado trabajos sobre la iconografía política en México en el siglo xx, las relaciones entre la arquitectura y la educación, y el análisis material de las artes. Actualmente, realiza investigaciones sobre las imágenes violentas y la catalogación sistemática del patrimonio.

Ha dirigido dos grupos de investigación: el primero sobre iconografía política, y el segundo sobre arte y educación, así como un grupo interno en el Instituto de Investigaciones Estéticas para analizar la obra *El nacimiento del fascismo*, de David Alfaro Siqueiros. Es integrante del Laboratorio Nacional de Ciencias para la Conservación del Patrimonio Cultural (LANCIC).

Entre sus publicaciones más significativas se cuentan: *La máquina de pintar: Rivera, Orozco y la invención de un lenguaje* (2008); *la coordinación de José Clemente Orozco in the United States* (con Diane Miliotes, 2002), *Encauzar la mirada: arquitectura, pedagogía e imágenes en México, 1920-1950* (con Deborah Dorotinsky, 2010), *Vanguardia en México, 1915-1940* (con Anthony Michael Stanton, 2013) y *Paint the Revolution: Mexican Modernism, 1910-1950* (con Matthew Affron, Mark A. Castro y Dafne Cruz Porchini, 2016).